

Entre el deseo y la abyección: textualizaciones del cuerpo de la prostituta en el imaginario literario chileno*

Between Desire and Abjection: Textualizations of the Prostitute's Body in the Chilean Literary Imaginary

Andrea Kottow

Universidad Andrés Bello

A partir de la lectura de algunos fragmentos de "La parte de los crímenes" de 2666 de Roberto Bolaño, el artículo explora las posibilidades de significación de la prostituta desplegadas a partir de la presentación serial de cuerpos muertos. La pregunta acerca de la insignificancia producida desde el hastío de la serialización, se relaciona con dos textos leídos en tanto fundacionales para la emergencia del *topos* de la prostituta en la literatura chilena: *Juana Lucero* de Augusto D'Halmar y *El roto* de Joaquín Edwards Bello. Ahí el cuerpo de la prostituta adquiere su sentido en vínculo con la comunidad nacional, en tanto margen liminal de ella. La constelación de textos puestos en relación en este trabajo avanza hacia la comprensión de las condiciones de producción de significación de la prostituta en el marco de la tradición literaria chilena.

Palabras clave: prostituta, cuerpo, comunidad nacional.

Starting from an analysis of some fragments of "The Part about the Crimes" of 2666 by Roberto Bolaño, this article explores the scope and possibilities of the meaning of the prostitute's configuration in serial representations of dead bodies. The question about the insignificance produced by boredom, as an effect of this serialization, is connected with two texts that are read as foundational for the emergence of the *topos* of the prostitute in Chilean literature: *Juana Lucero* by Augusto D'Halmar and *El roto* by Joaquín Edwards Bello. In these novels the prostitute's body obtains meaning in relation to the national community, representing its liminal margin. The constellation of texts presented in this article aims to move toward a comprehension of the conditions of the production of significance of the prostitute in the Chilean literary tradition.

Keywords: prostitute, body, national community.

* Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt Regular 2013 N° 1131144, titulado "Imaginarios del género, representaciones del cuerpo y mercados del sexo en Chile (siglo XX)".

1. Palabras introductorias

Prostitutas, putas, cortesanas, loras, mujerzuelas, mujeres de mal vivir, zorras: desde la literatura de la Antigüedad clásica, las mujeres que intercambian servicios sexuales por dinero u otros bienes materiales pueblan el imaginario simbólico de las culturas. Como “profesión más antigua” de la tierra, ha sido idealizada tanto como vilipendiada. Objeto oscuro del deseo, conocedora de los secretos de la sexualidad, por un lado, y asociada a la mercantilización extrema, evidencia de que todo es susceptible de entrar a la lógica de la compraventa, por el otro: las textualizaciones de la prostituta oscilan entre estos dos polos, no excluyentes entre sí. Fascinante y aterradora, la figura de la prostituta pareciera conectar con dos de las cuestiones que en la cultura occidental han sido simbolizadas en tanto máxima atracción al mismo tiempo que abismante decadencia: el sexo y el dinero.

En la literatura chilena, la prostituta aparece a partir de la declinación del imaginario ilustrado del siglo XIX. Mientras que la producción literaria de los grandes próceres liberales realiza su representación de la realidad desde los imaginarios culturales de las clases medias altas, recién a finales del siglo XIX autores emergidos desde las capas medias hacen circular configuraciones de mundo diferentes, escenarios en los cuales también encuentra su espacio la prostituta¹. Ellos vehiculan sus obras con intenciones que se pliegan a la así llamada “cuestión social”, evidenciando las discriminaciones sufridas por las clases más vulnerables. El imaginario nacional ideado por la elite ilustrada se resquebraja, y la literatura propone un colectivo nacional necesariamente ampliado, que debe incorporar a figuras que funcionan en tanto emblemas de la marginación: el roto y la puta. Dos novelas que se inscriben en este imaginario son *Juana Lucero* de Augusto D’Halmar de 1902 y *El roto* de Joaquín Edwards Bello de 1920. Huérfano, hijo de una madre chilena y un padre francés –aventurero que abandonará a madre e hijo prontamente– D’Halmar acusa a la oligarquía chilena de cínica y aprovechadora, evidenciando a su Lucero como paradigma de una nación convertida

¹ Llama la atención, no obstante, que la producción literaria chilena carezca de una prostituta de halo mítico, a la manera de la Naná de Emile Zola o, en las coordenadas latinoamericanas, una Santa de Federico Gamboa. Probablemente las prostitutas más emblemáticas de las letras criollas sean la huacha Juana, de la novela *Juana Lucero* de Augusto D’Halmar, más conocida por huérfana que por puta, y Manuela, de *El lugar sin límites* de José Donoso, más citado, a su vez, por travesti y homosexual, que por puta/o. Pero sí el imaginario prostibular, el burdel en tanto cronotopo significativo, es reconocible como tema literario recurrente sobre todo a partir de la primera mitad del siglo XX, fenómeno que, en parte, se justifica por las acusaciones de las injusticias sociales realizadas por una literatura ya no escrita por y para las capas sociales más acomodadas, sino cada vez más por literatos profesionales surgidos desde las clases medias que buscan un público lector empático a sus demandas. El significativo estudio de Rodrigo Cánovas sobre el burdel como alegoría en la novela hispanoamericana plantea la construcción del prostíbulo como cronotopos, asociándolo a la problematización de las particulares formas que adopta la modernidad en América Latina. La configuración del prostíbulo en la novela del siglo XX, así la argumentación de Cánovas, se iniciaría con la emergencia del cronotopos en la narrativa naturalista, donde “se lo confecciona para mostrar el fracaso de los proyectos diseñados por las elites para fundar una nación según pautas éticas” (Cánovas 13).

en burdel²². De ascendencia doblemente oligárquica, Edwards Bello se burla desde la publicación de su primera novela, *El inútil*, de la clase social alta, saliéndose en el transcurso de toda su vida de las coordenadas prefijadas para un señorito de su casta. Visitante asiduo de burdeles, Edwards Bello superpone en el prostíbulo de La Gloria un cuadro idealizado del negocio del sexo con imágenes de pobreza, suciedad y enfermedad. Ambas novelas, muchas veces clasificadas de naturalistas, se debaten entre una modernidad anhelada, pero solo fragmentariamente experienciada, y una lógica que escabulle la racionalidad moderna. En esta contradicción aparece la figura de la prostituta: potencial de una fuerza oscura y anárquica, vinculada al deseo no gobernado por las buenas costumbres de la civilización, al mismo tiempo que víctima de un sistema injusto y discriminatorio, plataforma para una demanda social que exige mayor equidad.

En el siguiente trabajo se pretende recorrer un camino de ida y vuelta entre ciertos textos que me parece marcan algunos hitos en la representación de la prostituta así como en las potencialidades significativas de su cuerpo dentro del marco de la producción literaria chilena. Iniciará y culminará el camino la perturbadora "Parte de los crímenes" de la novela 2666 de Roberto Bolaño, en la que se serializa el cuerpo muerto de mujeres, muchas veces vinculadas al comercio sexual. La pregunta que me interesa instalar se vincula con las posibilidades de otorgar sentido al cadáver de la prostituta. Una primera hipótesis se articula en torno a algo que llamaré provisoriamente la muerte de la metáfora del cuerpo de la prostituta. Cadáver insignificante, serie abierta que no contiene lógica clasificatoria, los cuerpos muertos de las mujeres se reiteran hasta la indistinción, hasta eclipsarse en el hastío. Cuerpos que se confunden y superponen, los restos sin vida son al mismo tiempo cifra de su mera insignificancia, de su incapacidad de integrar, en el plano del colectivo social así como en el del lector, un horizonte de sentido.

¿Dónde encuentra cristalización significativa aquella prostituta literarizada por Augusto D'Halmar y por Edwards Bello, aquel cuerpo –que pendula entre la representación de los escondidos orígenes del mundo –piénsese en el cuadro escándalo de Gustave Courbet "L'Origin du monde"– y simbolizar el descarnado mercantilismo del capitalismo, que desvanece todo posible

² Jaime Concha propone una lectura de *Juana Lucero* y de toda la narrativa de Augusto D'Halmar enhebrando las preocupaciones escriturales con las experiencias vitales, cuyo núcleo duro estaría dado por la orfandad tanto familiar como social del escritor: "Huérfano de padres: de padre por abandono, de madre por la muerte; huérfano de altares, de ritos y de creencias, por la expoliación ideológica que sobre él ejerce el espíritu de análisis; huérfano de seguridad material para sí, hará de su arte un altar, un rito, una creencia fanática; hará de su creación una paternidad substitutiva, creándose en ella como padre e hijo a la vez; hará de su obra el don generoso por excelencia. Su arte será el medio para superar la orfandad, será el timbre de su legitimación social" (Concha 74). Si bien no puedo, en el marco de este trabajo, perseguir las huellas biográficas de Augusto Thomson en su novela *Juana Lucero*, sí adhiero plenamente a Jaime Concha en su propuesta de abandonar los moldes tradicionales con los que esta obra ha sido leída por la historia literaria chilena, en la que suele asociarse al imaginario naturalista. Agrega Concha: "Ni naturalista ni realista ni costumbrista ni modernista ni romántica: nada de eso es, en definitiva, esta primera obra de Augusto Thomson, que se presenta más bien como la transposición de sus experiencias traumáticas en el marco de un riguroso contexto de clase" (84).

valor más allá de lo económico? Una segunda hipótesis que guía la presente propuesta de lectura es que la prostituta significa a partir de su relación con la comunidad. En *Juana Lucero* y *El roto* la puta se erige como el reverso de la comunidad nacional; marginada de aquello que confina lo comunitario, pero liminalmente³ encarnando todas las problemáticas de la constitución del colectivo, la prostituta sirve de emblema para una reflexión sobre la comunidad. Sería, entonces, esa posibilidad de pensar la comunidad la que es llevada a su cataclismo por “La parte de los crímenes”. De la implosión significativa a sus condiciones de posibilidad, y vuelta a un desierto reseco que ostenta la carencia de sentido: el sendero que el siguiente análisis propone recorrer inicia con “La parte de los crímenes” para regresar a *Juana Lucero* y *El roto*, y termina volviendo, una vez más, a Santa Teresa.

2. El cadáver serializado

La muerta iba vestida con hot-pants y una blusa amarilla, de imitación de seda, con una gran flor negra estampada en el pecho y otra, de color rojo, en la espalda. Cuando llegó a las dependencias del forense este se percató, asombrado, de que debajo de los hot pants conservaba unas bragas blancas con lacitos en los costados. Por lo demás, había sido violada anal y vaginalmente, y la muerte había sido provocada por politraumatismo craneo-encefálico, aunque también había recibido dos cuchilladas, una en el tórax y otra en la espalda, que la habían hecho perder sangre, pero que no eran mortales de necesidad. El rostro, como habían comprobado los camioneros, era irreconocible. La fecha de la muerte se situó, a modo orientativo, entre el 1 de enero de 1994 y el 6 de enero, aunque sin descartar de modo alguno la posibilidad de que aquel cadáver hubiera sido abandonado en el desierto el 25 o el 26 de diciembre del año que ya había felizmente terminado...

La muerta tenía veintitrés años y hacía más de cuatro que ejercería el oficio de prostituta, sin que jamás se la hubiera visto envuelta en ningún problema, de orden público (Bolaño 500).

En “La parte de los crímenes”, el lector se verá enfrentado a una serie de escenas organizadas en torno a descripciones de femicidios. Mujeres muertas, cadáveres encontrados en descampados, sitios baldíos, basurales, que casi en su totalidad ostentan los signos de violaciones múltiples, tanto vaginales como anales –así insiste el texto–, y que suelen ser hallados casualmente por quienes inician sus labores matinales en fábricas maquiladoras de la periferia de Santa Teresa, ciudad-escenario de estos pasajes narrativos. Mujeres cuya

³ La palabra liminal (del latín *limen* que significa umbral, límite) es introducida a la antropología por el etnólogo francés Arnold van Gennep en su obra *Los ritos de paso* de 1909, en la que plantea la liminalidad como característica propia de algunos ritos sociales, en los que se amenaza al mismo tiempo que reafirma el sentido y la configuración de la comunidad. La estructura propia de la comunidad así se cuestiona y visibiliza simultáneamente. Me interesa este significado de lo liminal para marcar la posición ambigua que ocupa la prostituta en los textos revisados, siendo configurada, por un lado, en tanto excluida de la comunidad nacional, no obstante, encarnando de manera paradigmática todos los problemas del colectivo.

identidad suele ser difícil de fijar, mujeres migrantes, trabajadoras sexuales muchas de ellas, mujeres con lazos familiares interrumpidos y debilitados, cuerpos cuyas huellas se pierden en el anonimato y en la borratura identitaria. Mujeres cuya vida queda materialmente sintetizada en ese cadáver vejado, descartado entre desechos, convirtiéndose en otro residuo más, resto insignificante, ilegible, desarticulado de cualquier narrativa.

En octubre, también, se encontró el cadáver de otra mujer, en el desierto, a pocos metros de la carretera que une Santa Teresa con Villaviciosa. El cuerpo, que se hallaba en avanzado estado de descomposición, yacía tumbado boca abajo, vestido con una sudadera y un pantalón de material sintético en uno de cuyos bolsillos se encontró una identificación según la cual la muerta se llamaba Elsa Luz Pintado y trabajaba en el hipermercado el Norte (489).

El estilo narrativo asume el tono forense de los peritajes policiales e impide el involucramiento emocional del lector. A la tercera muerta hemos superpuesto todos los nombres y todos los cadáveres, a la quinta muerta debemos frenarnos para no saltar las páginas y avanzar a las narraciones intercaladas a los escenarios tétricos en búsqueda de una 'historia', y al séptimo asesinato cedemos a la tentación. La narración se empecina en el carácter serial de las muertas:

La primera muerta se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años. Pero es probable que no fuera la primera muerta. Tal vez por comodidad, por ser la primera asesinada en el año 1993, ella encabeza la lista. Aunque seguramente en 1992 murieron otras. Otras que quedaron fuera de la lista o que jamás nadie las encontró, enterradas en fosas comunes en medio de la noche, cuando ni el que siembra sabe en dónde, en qué lugar se encuentra (444).

Se trata de una serie que homogeniza, que excluye la excepcionalidad, la espectacularización, la emergencia de un relato que supere la mera facticidad. Serie que se cifra en tanto lista, compuesta de elementos que se suceden sin más orden que la contingencia que la va constituyendo. La serie en lugar de acentuar la permanente diferencia producida por la reiteración, repite hasta el cansancio, provocando el tedio del lector: el aburrimiento frente al crimen, al cadáver, a la violación, al despojo de cualquier dignidad humana. En lugar del aumento de horror, su difuminación. Las muertas, muchas de ellas prostitutas, están desarticuladas de su historia, de *la* historia –en tanto entramado dotado de significado– deconstruyéndose lo social y colectivo como posibilidad de comunidad.

Para poner en relación el tema del cadáver con el horizonte de la comunidad, hay que recordar cómo la biopolítica forma parte de una cabeza de Jano cuyo otro semblante es la tanatopolítica⁴. La valoración política de la

⁴ Esposito ha insistido en su producción filosófica de sesgo bipolítico en esta interdependencia. Véase especialmente *Immunitas. Protección y negación de la vida y Bios. Biopolítica y filosofía*.

vida mediante su inscripción normativa en un sistema de líneas entrecruzadas de poderes encuentra su contraparte necesaria en las políticas de muerte, que forman una línea divisoria entre no solo las vidas que importan, sino también las muertes que celebran las vidas dignas de ser recordadas. En tanto política de la memoria, que a su vez se constituye sobre el trasfondo de sentido configurado por lo comunitario, la muerte se revela como forma de inscripción del cadáver en un entramado significativo. Gabriel Giorgi lee precisamente desde ahí “La parte de los crímenes” de Bolaño. Retomando los postulados de Robert Harrison⁵, distingue en el muerto a la persona del cadáver. Es función de los ritos funerarios separar al cadáver del ser que será recordado como la persona muerta. El cadáver queda relegado al espacio de lo material, lo biológico, el residuo, donde se desintegrará y dejará de existir, mientras que la persona queda desasida del cuerpo sin vida, volviéndose un ser inmaterial que seguirá existiendo en la memoria de la comunidad que lo recuerda.

Las muertas de Bolaño, al no ser reclamadas, mantienen su indisoluble vínculo con la materialidad: les es negado el rito que permitiría su inscripción significativa en la comunidad. Son mero desecho, imposibilidad de configuración de sentido⁶, puro residuo del que no emerge una persona, un ente socialmente significativo.

3. La prostituta y la comunidad nacional

2666 fue publicada póstumamente en 2004. Un poco más de 100 años antes, Augusto D’Halmar publicaba su novela *Juana Lucero*. Desde el título, el nombre propio de su protagonista vuelve central el tema de la identidad, comprendida como un vínculo metonímico entre el personaje de la Lucero y la nación chilena: los vicios de Chile, así rezaba el subtítulo con el que el Zola chileno diera a conocer la historia de la guacha más ilustre de la literatura chilena. Como bien destaca Rodrigo Cánovas en su lúcido análisis de la novela, también esta narración presenta una serie: una que se constituye a partir de la paulatina caída de Juana; de huérfana, a sirvienta violada, prostituta y loca. Esta serialidad se opone a las posibilidades contrastantes que van siendo negadas por la narración, que configuran otra serie utópica: la de hija, sobrina, esposa y madre, “serie central del hogar nacional” (Cánovas 133).

⁵ Autor del libro *The Dominion of the Death*, en el que se estudian las formas y espacios de convivencia entre los vivos y los muertos en la cultura occidental, entregando especial importancia a los rituales funerarios. En ellos, los vivos realizarían una separación del muerto y el cadáver, haciendo desaparecer del mundo de los vivos el resto material para instalar al muerto en tanto ser hecho memoria –descorporizado– en la convivencia con los que permanecen.

⁶ Gabriel Giorgi explica el funcionamiento de esta tanatopolítica, en tanto “reverso sistemático y complementario” (Giorgi 198) de la biopolítica: “Esta lógica biopolítica de la muerte dice así, fundamentalmente, que en torno al cuerpo muerto se toman decisiones acerca de qué cuerpos y qué vidas son memorializados, inscriptos, recordados –según, evidentemente, jerarquías, gradaciones que reflejan un ordenamiento social– y qué cuerpos y qué vidas son simplemente arrojados al ciclo indiferenciado de la materia sin inscripción jurídica, cultural o social. Tal decisión constituye, evidentemente, la distinción entre *persona* y *no persona*: ‘persona’ no refiere solamente a las vidas a proteger, sino también –y quizá sobre todo– a las vidas a recordar, a narrar, a memorializar” (200).

La serie que se visibiliza en la novela de Juana Lucero funciona justamente de manera contraria a la observada en "La parte de los crímenes" de Bolaño: busca la conmoción de su lector, quien padece junto a Juana un destino de despojo y rechazo. La importancia del nombre propio está articulada en la trama narrativa: Juana Lucero pasa de ser la Purisimita, nombre con el que se marca el amor materno simultáneamente a la pureza de la niña, a Juana, a Naná, nombre con el que la bautiza una compañera del burdel en el cual la protagonista termina por volverse loca⁷. Un suceso altamente significativo en este camino deconstructivo es la violación de la que es víctima Juana Lucero en casa de Doña Pepa. La descripción que se hace de la violación pone en relación con el cuerpo de la joven mujer y el organismo nacional, del cual la vulnerabilidad de su huerfanidad queda excluida. Mientras que la familia acude en grupo a las celebraciones de la victoria de la batalla de Yungay, don Absalón irrumpe en la habitación para ultrajar el cuerpo virgen de Juana Lucero. El quietismo con el que soporta el acto sexual forzado contrasta con los ruidos lejanos que escucha de la fiesta pública: "Cerró los ojos y escuchaba a lo lejos, singularmente atenta, los chillidos que enardecían las cuecas en las fondas del 20 de enero" (D'Halmar 104). La coincidencia entre una fiesta que celebra la comunidad nacional con el atraco de la que se ve drásticamente expulsada del cuerpo nacional ponen el acento en lo que Cánovas titula el "envés de la nación" (127). Ahora, sin duda, que la comunidad sigue siendo el gran objeto anhelado de la novela de D'Halmar. El cuerpo vejado de la víctima es un síntoma de un organismo que padece ciertas enfermedades que deben ser correctamente diagnosticadas y curadas, impidiendo que el vicio y la decadencia se instalen por encima de una trenza productiva entre lo que Doris Sommer reconoce en la novelas fundacionales del siglo XIX en tanto *eros* y *polis*⁸. El verdadero amor y la real comunidad, la armónica convivencia y confluencia de deseos individuales y colectivos es el horizonte sobre el cual se escribe la historia de la guacha, puta, loca.

En este sentido, el cuerpo de la prostituta es la superficie sobre la cual se articula una crítica del desarrollo desigual respecto de la instalación en Chile de la modernidad. El deseo eclipsado, vicioso que circula en el burdel y del que comienza a formar parte el cuerpo de Juana es la culminación de una entrada brutal a la modernidad, que ha abrazado el ingreso al capitalismo internacional desprotegiendo a las clases sociales

⁷ Naná es el nombre de la gran cortesana del Segundo Imperio parisino, que culmina en la novela homónima de Émile Zola muriendo de una terrible y vejatoria viruela que macula con sus manchas el cuerpo de la prostituta más deseada del París de la segunda mitad del siglo XIX.

⁸ Sommer detecta una superposición entre el amor erótico y el amor patrio, trenzándose los niveles privados y públicos hasta hacerse prácticamente indistinguibles: "El deseo se imbrica entre entre la familia pública y la privada de un modo que pone al descubierto la contigüidad de los términos, su carácter extensivo y no meramente analógico. Y el deseo no deja de imbricarse, o simplemente de duplicarse a sí mismo en los niveles personal y político, porque los obstáculos que encuentra a su paso amenazan ambos niveles de felicidad" (Sommer 66). Esta armonía entre la investidura libidinal del ámbito de lo privado con la esfera de lo público se rompe en *Juana Lucero*, truncándose ambos proyectos deseados. Se frustra la historia de amor erótica, encontrándose en el centro de este quiebre la violación de Juana, y se evidencia como fracaso y horror la forma que ha adquirido el sueño de una comunidad nacional: la patria convertida en burdel.

más vulnerables. El cuerpo hecho mercancía, el deseo convertido mediante mera sexualización en negocio sirven de esta forma a D'Halmar para criticar la división social entre ricos y pobres así como para cuestionar las maneras en que el proyecto ilustrado ha quedado en deuda con el organismo nacional. Esta potencialidad metonímica del cuerpo de la prostituta, de funcionar como el objeto símbolo de la exclusión simultáneamente a significar el organismo nacional en sus mecanismos de articulación, es la que despliega las posibilidades de sentido del cuerpo prostibulario en *Juana Lucero*. Se convierte en el envés de la nación por constituirse como el cuerpo abyecto de lo nacional y hace, de este modo, visible una comunidad en fuga; a ser protegida.

Para Julia Kristeva, la condición de lo abyecto nace en el límite de la inteligibilidad, amenazando al ser, a la sensación de propiedad, si bien encontrándose en su inmediata cercanía. Parte y no parte del yo, "muy cerca, pero inasimilable", arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable" (7), difícil de asir porque la forma que adopta raya en la informidad y porque pensarlo significaría asomarse al horror. Lo abyecto se piensa en vínculo con el yo, que introyecta –según Kristeva– las normativas del superyó. Quisiera poder pensar la categoría de la abyección, a su vez, con relación al plano de una colectividad, que se entiende como comunidad de sentido. La prostituta –como lo he observado– encarna un cúmulo de cuestiones cuyo horizonte de sentido se constituye a partir de la comunidad y sus abyecciones. Escribe Julia Kristeva sobre lo abyecto:

No es por lo tanto la ausencia de limpieza o de salud lo que vuelve abyecto, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas... La abyección es inmoral, tenebrosa, amiga de rodeos, turbia: un terror que disimula, un odio que sonríe, una pasión por un cuerpo cuando lo comercia en lugar de abrazarlo, un deudor que estafa, una amiga que nos clava un puñal por la espalda..." (11).

Juana Lucero y su cuerpo prostituido operan según esta instalación ambigua que plantea Kristeva como característica de lo abyecto. Si es pensado como aquello excluido, "donde el sentido se desploma" (8), solo se visibiliza en contraste a un sentido que emerge como horizonte necesario.

D'Halmar se pronuncia explícitamente contrario a la ley de las casas de tolerancia que, a fines del siglo XIX, intenta regular el comercio sexual en pos de la instalación del proyecto higienista. Para D'Halmar, la casa de tolerancia es una excusa para la apertura oficial al vicio y a la degradación. También Joaquín Edwards Bello –él mismo, como bien se sabe, asiduo visitante de burdeles– es contrario a la ley de las casas de tolerancia y en *El roto* expone las razones de su rechazo. Lo curioso es que arguye contrariamente al autor de *Juana Lucero*. Mientras D'Halmar acusa precisamente de inmoral a una ley que termina por regular, es decir, permitir la prostitución, Edwards Bello ve la normativización como forma de restricción y administración, que impiden el desarrollo de lo que él mismo llama una "vida galante decente" (22). "La

Gloria debe su relativa estabilidad al hecho de estar situada en una calle lejana y pobre, libre así de exagerada codicia” (22).

En el texto de Edwards Bello, la figura de la prostituta emerge como el correspondiente femenino al roto. En paralelo a su historia se relata el destino de Violeta, hermana mayor del roto Esmeraldo. Si bien el físico –según el texto, aristócrata de Violeta– hace imaginar un futuro distinto para ella, se ve irremediamente atraída por el llamado de la calle. Es el mismo deseo que mueve a Esmeraldo al espacio anárquico de la urbe, y que lo hace reacio a aceptar los intentos de salvación del periodista ilustrado Lux. Este deseo está articulado en una argumentación contradictoria dentro del texto novelesco, pues si bien Edwards Bello, en importantes pasajes de la novela, parece suscribir la hipótesis naturalista, según la cual miseria, degradación y decadencia son producto de la falta de educación y posibilidades de desarrollo, progreso y civilización, hay una serie de elementos de la novela que no dejan subsumirse a esta perspectiva de lectura. El texto termina por invalidar esta misma hipótesis al relatar el apuñalamiento de Lux por parte de su protegido, en un acto salvaje y rebelde, al mismo tiempo que es significado como heroico. La mirada nostálgica con la que el narrador acompaña a Esmeraldo a sus barrios, a la salida de su encarcelamiento, y detecta la “cuadrilla de obreros demoledores” que destruyen en nombre del higienismo los sórdidos barrios de miseria, no permite la adhesión acrítica a la tesis civilizatoria:

El roto se iba con la sífilis y la viruela, borracho, cojo, tuerto, trágico, arrastrando el espectro de la ramera pobre, dejando en esos escombros lo mejor de sus energías, lo más fuerte de su alma y cuerpo. Se iba para otro lado, mudo y fatalista, sin preguntar a quién dejaba todo eso, abriendo cancha al burgués, al gringo y al futre que venían en nombre de la civilización y de Darwin (156).

Lo mejor de sus energías, lo más fuerte de alma y cuerpo, no es sino ese deseo ingobernable que rechaza la administración del cuerpo. Es el roto que reivindica la calle por encima del hogar burgués, es la libido de Violeta que la hace desatender los planes futuros de su madre que la llevarían a ser esposa y madre ejemplar.

Esta forma idealizada de asociar el cuerpo prostibulario a un espacio de libertad anárquica, donde lo abyecto se confunde con el deseo, el rechazo con la seducción, muestra similitudes importantes con la textualización del cuerpo de la prostituta en la novela de D’Halmar. Existe un marco de significación dentro del cual la prostitución puede adquirir un valor simbólico, dentro del cual el cuerpo opera como metonimia o metáfora de un orden de sentido que se vincula con las formas de comunidad. El cuerpo de la prostituta narra, significa.

4. A modo de conclusión:

Vuelven los pasos a Santa Teresa, a la ciudad de las mujeres muertas, los cuerpos desechados, los cadáveres suspensos. Ahí reside la ruptura que se produce en la novela de Bolaño, instalada sobre el trasfondo de un panorama

donde el lector experimenta la imposibilidad de significar el cadáver muerto de la prostituta. En tanto mero residuo, inasimilable en cualquier horizonte de sentido, lo que adviene es tedio puro: de este modo lo que se instala en el lector es el horror de esta posibilidad del aburrimiento, de la idea de que un cadáver, una muerte, un crimen vejatorio pueden producir hastío. El horror se traslada entonces del crimen mismo a la mirada del lector; el mal no está en un orden trascendente y comunitario que pudiese ofrecer una orientación respecto del bien y el mal, no está ni siquiera en el horror que provoca una escena de muerte; está en la serialidad como productora de homogenización y fastidio, serie que se constituye en el lector por el despojo de un contexto narrativo. A partir de los modos escriturales puestos en circulación en "La parte de los crímenes" de 2666, la abyección se transforma en un asunto del lector, ya no en una posible desarticulación/articulación del sin/con sentido constituido en la trama textual. Me parece que habría ahí no solo una hipótesis sobre el mal y su funcionamiento, descontextualizado de cualquier horizonte trascendente, sino también, quizás como su contraparte, una idea sobre el deseo, en tanto que este solo se configura dentro de una trama narrativa.

"Un oasis de horror en medio de un desierto de aburrimiento", reza el epígrafe de 2666, retomándose los versos de Charles Baudelaire. Mientras que las flores del mal germinan como *otra* belleza ante un panorama que ha desgastado sus posibilidades de hacer significar lo tradicionalmente considerado hermoso (y pueden, entonces, configurar un oasis, un espacio de vida y proliferación distintas), en los crímenes bolañescos los cuerpos de las prostitutas no constituyen posibilidades de irradiación simbólica. Aburren y cansan. De esta forma, la abyección se transpone a la perspectiva del lector. Debido a la carencia de historia, el cuerpo se queda sin texto, el lector sin espectáculo, el narrador sin signos.